

## EL AMOR A JESUCRISTO EN LA IGLESIA DE LOS MARTIRES

No es un creyente fácil, sino el principio de los racionalistas modernos, quien se admira del fenómeno. "La figura personal de Cristo en su totalidad—ha dicho Harnack—, creaba una pasión especial y profunda, el *pathos* de Cristo, suma de experiencias íntimas que, por otra parte, sólo muy pocos se sintieron impulsados a exteriorizar... Pero, ¡en cuántos cristianos no habrá sido aquella imagen un principio de fuerza extraordinaria sin que nosotros lo sepamos! En algunos mártires ella estalla por manera sorprendente en sus confesiones últimas..." (1).

Las presentes páginas tratan de pulsar este latido íntimo, profundo, de la Iglesia de los mártires por Jesucristo. Es un homenaje al Redentor en el centenario de su cruento sacrificio.

Pocos escritos de la época subapostólica han logrado llegar hasta nosotros a través del desierto de los siglos. Pero en ellos se siente palpitar aún la vida de aquella edad heroica de la Iglesia. El soplo de Pentecostés los vivifica. Hay algo en ellos de paradisiaco, anterior a toda culpa, que los alienta y rejuvenece. Es la primavera de la Iglesia. ¡Ojalá sus efluvios lograran acariciar y refrigerar las frenes de la edad presente, agostadas por la duda y la indiferencia!

De ellos principalmente tomaremos los materiales de este estudio. No vamos a agotar la materia. Aun limitada, según se ha dicho, por la distancia y el silencio, no puede reducirse a las breves gavillas de un artículo la mies de ese campo lleno que bendijo el Señor. Unos ramilletes escogidos, como presente de lejanas tierras, darán testimonio de aquella flora de selección.

Sin que por ello se incurra en el llamado *pancristismo* (2), ex-

(1) *Die Mission und Ausbreitung des Christentum*, I<sup>4</sup>; Leipzig, 1924, p. 128 nota.

(2) El vocablo es de T. ZAHN, *Geschichte des N. T. Kanons*, Erlangen y Leipzig, 1890, II, p. 839, quien ve esa tacha en las *Actas de Juan y Actas de Pedro*.

travío de que sólo se culpa a algunos escritos apócrifos, Jesucristo era en la primitiva Iglesia el alma de la vida cristiana en lo que ésta significaba de más íntimo y sagrado. "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos" (*Mt.* 28, 20), había dicho él a sus discípulos en el día de su supremo adiós; y esta presencia, vivamente sentida, era la respiración que alentaba la existencia de la Iglesia (1).

En medio de la asombrosa complejidad de elementos que encerraba el Cristianismo—"Complexio oppositorum" lo ha llamado Harnack (2)—, el foco que todo lo armoniza y unifica es la persona de Jesús. Llena las páginas de sus libros sagrados, los cuales son o su historia o su promesa. Reviste las facciones de cada uno de sus prójimos, para que la caridad fraterna, el perfil del Cristianismo, vea en él "al hermano". Jesús vive entre los fieles. Su nombre resuena en la liturgia de los ágapes, en las páginas de los apologistas, en la agonía suprema de los mártires. El grito de infinito anhelo "Maramatha", "Ven, Señor Nuestro", desahogo volcánico de la Iglesia hacia su Redentor, puebla los suburbios de Roma y el dédalo de las catacumbas y las ensangrentadas arenas del circo: alarido ardoroso, en un principio, de las almas por el retorno de Jesús, afirmación firmissima más tarde, de la presencia espiritual y misteriosa de Jesús, expresión de la fuerza de atracción incoercible hacia el centro de la Iglesia, Jesús: *El Señor está cerca* (*Philip.*, IV, 5) (3).

Tal aparece la Iglesia de los mártires, peregrina (4) en un mun-

(1) No cabe en los estrechos límites de este artículo hacer ver la armonía en el cuerpo doctrinal de la fe que el dogma de la divinidad de Jesucristo guardaba con los otros dogmas de la divinidad del Padre y del Espíritu Santo, en la profesión de los primeros cristianos. Acerca de este punto es insustituible la obra maestra del P. J. LEBRETON, *Histoire du dogme de la Trinité*, 2 v., 2.<sup>a</sup> ed., París, 1927-1928; véase principalmente v. II, 1. III, pp. 133-247. De esta obra tomamos no pocas ideas para el presente trabajo.

(2) *Die Mission und Ausbreitung des Christentums*, p. 243.

(3) Los hagiógrafos y escritos de la época subapóstólica, lo mismo que sus traductores, han respetado casi siempre esa palabra misteriosa, dejándola intacta en su original arameo, como preciosa reliquia de los primeros días. Cuán familiar fuera a los cristianos, se ve por su uso en S. Pablo, *I Cor.*, XVI, 22; en S. Juan, *Apoc.*, XXII, 20; en la *Didajé*, X, 6. Véase sobre ella G. DALMAN, *Die Worte Jesu*, erster Band, Leipzig, 1930, p. 259-270.

(4) Ἡ ἡχελησία τοῦ θεοῦ ἡ παροικόσα ... se dice en la *Carta de Clemente a los Corintios*, FUNK, *Padres Apostolici*, I 2.<sup>a</sup> ed., Tubinga, 1901, 98; el mismo apelativo con idéntico matiz, en la *Carta de Policarpo a los Filipenses*, ib., p. 296; en el *Martirio de Policarpo*, ib., p. 314, etc.

do extraño que la desconoce y persigue, fija fielmente su mirada en Jesucristo su Señor, cuyo recuerdo la sostiene, y cuya esperanza la alienta a caminar hacia el porvenir.

Escuchemos en particular algunas de sus manifestaciones. Pero antes de llegarnos a esta santa ciudad de Dios, examinemos las voces lejanas que de ella corren entre los profanos en medio del mundo gentil.

## I

El cuadro de conjunto más completo, aun dentro de su brevedad, que poseemos sobre el culto cristiano en la Iglesia de los mártires, se lo debemos a la pluma de un gentil, Plinio el joven. En atención a su cualidad privilegiada de literato, el tiempo, más galante a veces con la literatura que con la historia, ha conservado íntegro el documento, de trascendencia suma para el historiador (1).

Es el informe acerca de los cristianos, que, como gobernador de Bitinia hace al emperador Trajano, entre 111 y 113 (2):

“Adfirmabant autem—dice entre otras cosas—hanc fuisse summam vel culpae vel erroris, quod essent soliti statu die ante lucem convenire carmenque Christo quasi Deo dicere secum invicem seque sacramento non in scelus aliquod obstringere, sed ne furta, ne latrocinia, ne adulteria committerent, ne fidem fallerent, ne depositum appellati abnegarent.”

En la alborada del día, precioso trasunto de la alborada de la Iglesia, ofréenos este espectáculo commovedor. En días prefijados júntanse los soldados de Cristo a consagrarse a su Jefe las primicias de la luz, entre himnos religiosos y juramentos sagrados de vida inmaculada. El imán que los atrae es ese Cristo a quien celebran con cánticos alternos (3) como a Dios, y con cuyo nombre sellan sus compromisos.

Y todo ello en un ambiente rojizo de tragedia. Trata el magistrado de apurar sus pesquisas; y, a pesar de los tormentos, no halla sino la serena monotonía de una vida extrañamente religiosa, que en su mente pagana califica de superstición desmesurada y perversa:

(1) Véase A. EHRHARD, *Die Kirche der Märtyrer*, Munich, 1932, p. 26.

(2) *Plini Secundi Epistolarum*, I, X, 96, ed. C. F. W. MUELLER, Leipzig, 1903, *Bibliotheca Teubneriana*, 291-292.

(3) Acerca de los pormenores de esta liturgia hablaremos más adelante.

“Quo magis necessarium credidi, ex duabus ancillis quae ministrae dicebantur, quid esset veri et per tormenta quaerere. Nihil aliud inveni quam superstitionem pravam immodicam.”

Es la obertura de la vida de la Iglesia, condensado antícpo del futuro en todos sus pormenores...

Ni faltan sombras en el cuadro. Como criterio decisivo para conocer quiénes eran cristianos, se les ponía en la necesidad de invocar a los dioses, de ofrecer incienso y libaciones ante la imagen del emperador y, finalmente, de maldecir de Cristo: cosas estas, añade Plinio, que jamás un verdadero cristiano se atreve a practicar. Por tales actos reconoce después a los apóstatas:

“Qui negabant esse se christianos aut fuisse, cum praeente me deos appellarent et imagini tuae... ture ac vino supplicarent, praeterea male dicerent Christo, quorum nihil posse cogi dicuntur qui sunt revera christiani, dimittendos esse putavi. Alii ab indice nominati esse se christianos dixerunt et mox negaverunt; fuisse quidem sed desiisse... Hi quoque omnes et imaginem tuam deorumque simulacra venerati sunt et Christo male dixerunt.”

Tanto el gobernador como sus víctimas convienen en señalar el rasgo característico del cristiano: la fidelidad en el culto tributado a Cristo como Dios.

En efecto, cuarenta años más tarde, el procónsul de Asia apremia a Policarpo de Esmirna con la misma intimación: “Jura, maldecir de Cristo, y te pongo en libertad” (1).

Muere el mártir, y los judíos, temerosos de que los cristianos se apoderaran de su cuerpo y “abandonando al crucificado comenzaran a adorar a aquel hombre”, hacen llegar al procónsul la petición de que no entregue las reliquias del mártir a sus discípulos. “No sabían—añaden sentidamente los redactores de la carta—que ni podríamos jamás abandonar a Cristo que ha sufrido por la salud de todos los que se salvan en el mundo, él inocente por los pecadores, ni tributar culto a otro alguno. Porque a él lo adoramos por ser Hijo de Dios, pero a los mártires los amamos como a discípulos e imitadores del Señor” (2).

Este culto a un crucificado despertaba en los espíritus más cásticos una saña despectiva:

(1) *Martirio de Policarpo*, IX, 3, FUNK, I 2, 324.

(2) *Martirio de Policarpo*, XVII, 2-3, FUNK, I 2, 334-336.

“Se imaginan estos desgraciados—decía Luciano hablando de los cristianos en 167—que no han de morir jamás, que vivirán eternamente, por lo cual desprecian la muerte y muchos se entregan voluntariamente a ella. Además su primer legislador les ha persuadido que todos son hermanos entre sí, desde que renunciaron y negaron de una vez para siempre a los dioses griegos para adorar a ese su sofista crucificado y vivir según sus leyes” (1).

Por el mismo tiempo de Luciano, su amigo Celso, gran conoedor en sus diatribas, de la religión que combatía, se indigna contra el “culto excesivo (tributado) a ese hombre aparecido recientemente... Llámale hijo de Dios, no porque adoren en gran manera a Dios, sino porque en gran manera exaltan a este hombre” (2).

Era la blasfemia de la cruz que escandalizaba al judío Trifón en el siglo II (3), y que se cernía a través de los primeros tiempos como estúpido fantasma que ensombrecía a las mentes paganas.

“Stultitia subiit multis, Deum talia passum,  
Ut enuntietur crucifixus conditor orbis.”

cantaba Commodiano en la segunda mitad del siglo III (4). El mismo cargo que señalaban los gentiles contemporáneos de Arnobio a fines de dicho siglo:

“Sed non, inquit, idcirco dii vobis infesti sunt, quod omnipotentem colatis deum, sed quod hominem natum et, quod personis infame est vilibus, crucis supplicio intereptum et deum fuisse contenditis et superesse adhuc creditis et cotidianis supplicationibus adoratis” (5).

Y Lactancio refutaba por el mismo tiempo como ataque de la polémica gentil:

(1) *De la muerte de Peregrino*, 13. ed. G. DINDORF, *Obras de Luciano de Samosata*, París, Fermin Didot, 1884, p. 691.

(2) En ORÍGENES, *Contra Celso*, VIII, 12 y 14, *Die Griechischen Christlichen Schriftsteller...* (GCHS), 2, 229 y 231, ed. P. KOETSCHAU, 1899.

(3) Βλάσφημα γάρ παλλά λέγειν, τόν σταυροθέντα τοῦτον...προσκυντόν εἶναι. S. JUSTINO, *Diálogo con Trifón judío*, 38, 1. ed. J. C. OTTO, *Corpus Apologetarum christianorum... Iustini philosophi et martyris opera...* t. 1. parte 2.<sup>a</sup>, p. 128.

(4) *Carmen apologeticum*, 357-328, ed. B. DOMBART, *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (CSEL), 15, 138.

(5) ANOBIO, *Adversus nationes*, I, 36, ed. A. REIFERSCHEID, CSEL, 4, 23-

“Venio nunc ad ipsam passionem, quae velut obprobrium nobis obiectari solet, quod et hominem et ab hominibus insigni supplicio adfectum et cruciatum colamus” (1).

Todos los tiros, como se ve, daban en el mismo blanco: el culto a Jesucristo como centro de la religión cristiana.

El pueblo, según su estilo, repetía y reforzaba, como enorme caja de resonancia, estas acusaciones, dándoles al mismo tiempo un tono mordaz y obsceno:

“Nova iam de Deo nostro—decía Tertuliano—fama suggessit, nec adeo nuper quidam perditissimus in ista civitate etiam suae religionis desertor, solo detimento suae cutis iudeus... picturam in nos proposuit sub ista proscriptione: ONOCOETES. Is erat auribus canteriorum, et in toga, cum libro, altero pede ungulato. Et credidit vulgus iudeo. Quod enim aliud genus seminari est infamiae nostrae? Itaque in tota civitate Onocoëtes praedicatur” (2).

Trátase del llamado *Crucifijo Blasfematorio*, sangrienta caricatura con que la mano gentil pretendía herir en lo más vivo el sentimiento cristiano. En el Palatino de Roma, como en Cartago, la plebe se complacía en la sátira blasfema. En 1856 se halló el célebre grafito toscamente delineado en uno de los muros del palacio de los Césares, y que data de la primera mitad del siglo III: un hombre con cabeza de asno está clavado en la cruz; a su izquierda, una figura alza la mano en actitud suplicante, como reza la inscripción, *Ἀλεξάρενος σέβετε* (= *σεβεται*) *θεόν*. Alexámenos adora a su Dios (3). Otro grafito, hallado en 1870, en una cámara próxima al *Pedagogium*, muy cerca por lo mismo del anterior, parece la réplica valiente de un camarada cristiano: *Ἀλεξάρενος fidelis, Alejandro* fiel a su creencia (4).

(1) LACTANCIO, *Divinarum Institutionum*, I. IV, 16§ 1, ed. S. BRANDT, CSEL, 19, 337.

(2) *Ad nationes*, I, 14, ed. A. REIFFERSCHEID y G. WISSOWA, CSEL, 20 84. Casi lo mismo repite en el *Apologeticum*: “Sed nova iam dei nostri in ista civitate proxime editio publicata est, ex quo quidam... picturam proposuit cum eiusmodi inscriptione: Deus christianorum Onokoetes. Is erat auribus asininiis, altero pede ungulatus, librum gestans, et togatus”, 16, ed. F. OEHLER, *Quinti Sept. Flor. Tertulliani quae supersunt omnia*, Leipzig, 1853, I, 181-182.

(3) Véase la reproducción de la figura, juntamente con el parentesco que estas imágenes pueden tener con otras caricaturas de filósofos y maestros, frecuentes entre los paganos, en C. M. KAUFMANN, *Handbuch der Altchristlichen Epigraphik*, Friburgo de Br., 1917, p. 301-303.

(4) KAUFMANN, ib.

En círculos más elevados la sátira también se depura, haciéndose en cambio más enconada. Véase cómo aparece, entre otras varias acusaciones, en los labios del aristócrata Cecilio, tal cual la reproduce Minucio Félix:

“Qui hominem summo supplicio pro facinore punitum et crucis ligna feralia eorum caerimonias fabulatur, congruentia perditis sceleratisque tribuit altaria, ut, id colant quod merentur” (1).

El espíritu cristiano reaccionaba directamente contra tales insultos. La gloria de la cruz comenzó a ostentarse entre los apologistas como un blasón de familia (2).

Ambas corrientes, como se ve, confluyen en el mismo punto, en reconocer a Jesucristo como alma de la nueva religión: la sátira de los enemigos y el amor y gallarda profesión de los amigos.

## II

La voz de estos últimos oíase más íntima y declarada en el sacerdotal grado de los cenáculos, *sancta sanctorum* a donde los profanos no podían penetrar.

La Eucaristía ha sido siempre el ápice del culto cristiano. Nuevo Tabor de discípulos predilectos, coloquio retirado con el Maestro, abrazo estrecho del Padre, propicio a confidencias y efusiones, juradas en el bautismo y robustecidas ahora con el nuevo manjar.

El puesto que en ella ocupa Jesucristo es excepcional. El es el sacerdote y la víctima ofrecida al Padre. La Iglesia lo ofrece por sus manos de él, y en acción de gracias por habérnoslo dado.

“Gratias tibi referimus, Deus, per dilectum puerum tuum Iesum Christum”, cantaba la Iglesia, ponderando el inmenso beneficio de haber recibido al “Salvador, Redentor y Angel de la voluntad” del Padre (3).

(1) *Octavius*, 9, 4, ed. C. HALM, CSEL, 2, 13.

(2) Cf. *Epistola Barnabae*, 13, FUNK, I<sup>2</sup>, 78-80; JUSTINO, *Apología*, I, 55; *Diálogo* 86, 89, 90, 97, 105, ed. E. S. GOODSPED, *Die ältesten Apologeten*, Gotinga, 1915, p. 66-67, 199-200; 203-205, 211-212, 221-222; TERTULIANO, *Apologeticum*, 16, OEHLER, I, 175-182; *Adversus iudeos*, 10, ib. p. 727-731; *Adversus Marcionem*, III, 18, ed. A. KROYMANN, CSEL 47, 405-407; MINUCIO FÉLIX, *Octavius*, 29, ed. C. HALM, CSEL, 2, 42-43.

(3) En la *Anáfora* de S. HIPÓLITO, la más antigua que se conserva; cf. LEBRETON, *Histoire du dogme de la Trinité*, II, p. 210-211.

Más atentos los primeros cristianos a sentir la emoción eucarística que a perpetuarla en fórmulas literarias, poco es lo que nos queda por escrito de aquellas manifestaciones. Son, sin embargo, ardientes exhalaciones de un incendio.

¶

“Venga la gracia y pase este mundo.  
 ¡Hosanna al Hijo de David!  
 Si alguno es santo, venga.  
 Si alguno no lo es, arrepíéntase.  
 ¡Maranatha!  
 Amén” (1).

Clamorosas reminiscencias del triunfal Domingo de Ramos, ecos suplicantes de la plegaria del Apocalipsis (*Apoc.*, XXII, 20), que aquí se funden en la fe cristiana como testimonio de la realeza de Cristo, y de la santidad del banquete de su reino (2).

Son como los primeros vagidos del culto eucarístico, gritos de efusión a Jesucristo, que corren después en diversas fórmulas a lo largo de toda la liturgia del altar (3).

El alma ardiente que las exhalaba, es la misma de Ignacio de Antioquía, Teóforo, buen representante para el caso:

“Yo no hallo gusto ya en el alimento material, ni en los placeres de esta vida; lo que yo quiero es el pan de Dios, que es la carne de Cristo nacido de la raza de David, y por bebida yo quiero su sangre, que es el amor incorruptible” (4).

“(El pan es) una medicina que da la inmortalidad, un antídoto que libra de la muerte y da la vida para siempre en Jesucristo” (5).

Aspiraciones que señalan la presencia de Jesucristo en la vida de la Iglesia. Y no de árida especulación, sino de sentimiento íntimo. Sentíasele vivir en medio de los suyos. Una singular *comunicación*

(1) *Didajé*, 10, 6, FUNK, I<sup>2</sup>, 24.

(2) Sobre las diversas cuestiones que suscita este pasaje de la *Didajé*, véase el sensato parecer de LEBRETON, *Histoire...*, II, p. 212-215.

(3) Cf. *Constituciones, apostólicas*, VIII, 13, 12-14: “El obispo dirigiéndose al pueblo dice: Las cosas santas a los santos! Y todo el pueblo responde: Un solo santo, un solo Señor, Jesucristo! Tú eres para la gloria de Dios Padre, bendito por todos los siglos de los siglos. ¡Amén! Gloria a Dios en lo alto de los cielos, y paz sobre la tierra, a los hombres de buena voluntad! ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”, *MG*, I, 1108, D.-1109 A.

(4) *Rom.*, 7, 3, FUNK, I<sup>2</sup>, 230.

(5) *Efes.*, 20, FUNK, I<sup>2</sup>, 230.

ción de idiomas se establecía entre Cristo y la Iglesia: perseguir a la Iglesia era perseguir a Cristo (1); fundirse los fieles en estrechísima unidad, como los miembros de un mismo cuerpo, era formar a Cristo (2).

La Iglesia entera rimaba su vida con la de su Esposo, Cristo, celebrando al Cordero Inmaculado, digno "de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, le honor, la gloria, la bendición" (3).

Y esto nos lleva como por la mano a describir otro aspecto de esta floración del culto a Jesucristo en la primera Iglesia: los himnos.

El que acabamos de mencionar, del Apocalipsis, es un eco resonante en la Iglesia celestial de la armonía que sonaba en la terrena (4). Ignacio de Antioquía escribe por el mismo tiempo a los de Efeso:

"Por vuestra concordia, por la armonía de vuestra caridad se canta a Jesucristo. Que cada uno de vosotros entre en el coro: entonces en la armonía de la concordia cantaréis a una sola voz por Jesucristo al Padre, y él os escuchará" (5).

Y saboreando ya en perspectiva las acciones de gracias que los romanos ofrecerán por él después de su martirio, les dice: "Reunidos todos en coro por la caridad, cantaréis en Cristo Jesús un himno a Dios Padre" (6).

Plinio, en su informe a Trajano, condensa en esta sencilla frase el rito de los fieles: "Tienen costumbre de reunirse en un día fijo, antes del alba, y de cantar en coros alternos, himnos en honor a Cristo" (7).

Cuán familiares fueran estos himnos a Cristo entre los cristianos de los siglos II y III, se ve por diversos hechos. El autor del *Laberinto* (probablemente Hipólito), invoca como testimonio de la fe en la divinidad de Cristo, contra Artemón:

(1) *Act.*, 9, 4-5.

(2) *I Cor.*, 12, 14.

(3) *Apoc.*, 5, 12.

(4) Véanse también los que describe S. Pablo, *I Tim.*, III, 16; *Ephes.*, V, 14; cf. LEBRETON, *Histoire...*, I, 6, 348-349.

(5) *Efes.*, 4, 1-2, FUNK, I<sup>2</sup>, 216.

(6) *Rom.*, 2, 2, FUNK, I<sup>2</sup>, 254.

(7) *Plinii Secundi Epistolarum*, I, X, 96, 7, ed. C. F. W. MUELLER, Leipzig, 1903, p. 291. F. J. DOELGER, *Sol Salutis* 2, Münster, 1925, p. 103-136, de-

"Todos esos cánticos y esos himnos, escritos por los hermanos de los primeros tiempos, en que cantan al Verbo de Dios, al Cristo, celebrándolo como a un Dios" (1).

Pablo de Samosata se empeñaba en sofocar esos cánticos a Jesucristo, para sustituirlos con otros dirigidos a sí mismo (2).

Lo que resta de los primeros tiempos son exclamaciones breves, invocaciones, gritos casi inarticulados, que luego se expansionan en himnos y fórmulas litúrgicas.

A veces es una inscripción del último adiós: "Tecum pax Christi". "In pace Domini". "In Xro". "In pace Domini dormias". "La gracia de Cristo". "Maranatha" (3).

Abundan las súplicas de invocación a Cristo: "Cristo, socórrenos", "Cristo, socorre a quien esto escribe y a su casa", etc. (4).

En ocasiones reflejan las circunstancias históricas que atraviesa la Iglesia. Después de Nicea se ve frecuentemente la inscripción: "Cristo es vencedor", "Cristo venció" (5). La ley del culto era un reflejo de la ley de la creencia.

En los himnos notase el influjo de la salmodia del A. T. La Iglesia no la rechazaba, siendo como era ella, y tenía conciencia de serlo, el nuevo Israel. El Salterio davídico, sobre todo, ofrecía misa abundantísima: el Diálogo de S. Justino es buen testimonio de los Salmos que se enderezaban a Cristo (6).

---

muestra, por el uso de las palabras y frases correspondientes en los clásicos, autores cristianos y vida romana, que "dicere carmen alicui" era venerarlo como a un dios. Ese *carmen* era una súplica o invocación a Cristo en coros alternos; no el símbolo bautismal, como otros han dicho. "Ante lucem", antes del sol, como lo indican otros muchos testimonios acerca de la celebración eucarística a esa hora. "Statis diebus", o "sixo die", el domingo. Pudo ser un himno en verso o en prosa; recitado o cantado. Tertuliano dice "coetus antelucanus ad canendum Christo ut Deo", *Apolog.*, 2, 6 § 15. Sin duda era cantado, dada la costumbre de cantar ya himnos litúrgicos desde los tiempos apostólicos.

(1) En EUSEBIO, *HE*, V, 28, 5, ed. E. SCHWARTZ, GChS, Eus., 2, 500.

(2) Ib. VII, 30, 10, SCHWARTZ, ib., 700.

(3) Cf. F. CABROL, *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de liturgie*, 1907 ss. art. *Acclamations*, col. 246-247.

(4) Cf. C. M. KAUFFMANN, *Handbuch der altchristlichen Epigraphik*, Friburgo de Br., 1917, p. 132, 159, 141.

(5) Ib., p. 142, 143.

(6) Véanse los que nota LEBRETON, *Histoire...*, II, p. 220, notas 1 y 2.

Pero no se mostró estéril la inspiración cristiana. Poco se ha salvado de entre las ruinas del tiempo; pero lo que resta es de subido valor.

El *Himno de la tarde*,  $\varphi\omega\varsigma \, \dot{\imath}\kappa\alpha\pi\omega\gamma$  es una perla, del siglo III, a más tardar, que sola ella nos resarce con creces de otras perdidas. En los días de S. Basilio su uso era inmemorial; y hoy todavía se canta entre los cristianos de lengua griega (1); lo cual prueba al mismo tiempo su antigüedad y lo bien que interpretaba el sentimiento cristiano:

“Luz jubilosa de la gloria santa e inmortal del Padre celestial, santo, bien-aventurado Jesucristo! Llegados a la hora de la puesta del sol, y a vista ya del astro de la tarde, cantamos himnos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de Dios. Tú eres digno de ser cantado en todos los tiempos con voces santas, Hijo de Dios, que das la vida; por eso el mundo te glorifica” (2).

Al ponerse el sol, dice S. Cipriano, pedimos que de nuevo la luz venga sobre nosotros y suplicamos a Cristo, sol verdadero, que nos ha de conceder la aurora de la luz eterna (3).

Y al aparecer de nuevo la luz, la saludaba el cristiano, glorificando a Jesucristo en ella, con otra célebre fórmula litúrgica, el *Himno de la mañana*. Es la llamada también *Gran Dosología*, que ha llegado a nosotros y se canta en la Misa, bajo la forma de *Gloria in excelsis Deo*. Himno de los más antiguos como documento litúrgico. Muy probablemente fué en su origen una plegaria a Cristo, que recordaba el coro de los ángeles de Belén. Hoy se entrelaza con una doxología trinitaria que no parece ser de la fórmula original (4).

*;Gloria in excelsis e Himno vespertino*, digna consagración y epílogo sagrado de la jornada del cristiano!

En los ágapes se cantaban, muy probablemente, ciertos himnos

(1) Cf. S. BASILIO, *De Spíritu Sancto*, 29, 73. *MG*, 32, 205; BURKITT, *Journal of Theological Studies*, 22 (1921) 286.

(2) Puede verse el original griego con una traducción latina y útiles anotaciones en M. J. ROUTH, *Reliquiae Sacrae*, ed. altera, Oxonii, 1846, III, p. 515-520.

(3) “Recedente item sole ac die cessante necessario rursus orandum est; nam, quia Christus sol verus est et dies verus, sole ac die saeculi recedente quando oramus et petimus ut super nos lux denuo veniat, Christi precamur adventum lucis aeternae gratiam praebiturum”, *De dominica oratione*, 35, ed. G. HARTEL, CSEL 3, 293.

(4) Cf. J. LEBRETON, *La forme primitive du “Gloria in excelsis”, prière au Christ ou prière à Dieu le Père?*, *Recherches de Science Religieuse*, 13 (1923) 322-329.

de mérito excepcional: son las llamadas *Odas de Salomón* (1). Fruto de la Iglesia de Alejandría, algo anteriores a los días de Clemente, forman un múltiple cántico de acción de gracias, del alma que se siente llamada por Dios a los bienes de la redención. "Hay en ellas, dice Lebreton, un arranque místico que eleva, una piedad tierna y ardiente que commueve; una doble traducción, la siriaca y la francesa, nos separa del original griego, y aun a través de este doble velo se las siente todavía palpitar entre nuestras manos" (2).

Para no desdorar de nuevo su valor primigenio, séanos permitido trascibir algunos fragmentos de la traducción francesa de Labourt y Batiffol (3):

III, 2-12: "Il m'aime; je n'aurais pas su aimer le Seigneur, si lui-même ne m'avait aimé (le premier). Qui peut en effet comprendre l'amour, sinon celui qui aime? J'aime l'aimé, et mon âme l'aime. Où est son repos, là assi je suis, et je ne serai pas un étranger, car il n'y a pas de haine auprès du Seigneur Très Haut et miséricordieux. Je suis mêlé (à lui), car l'amant a trouvé celui qu'il aime; parce que je l'aime, lui, le Fils, je deviendrai fils. Oui, qui adhère à celui qui ne meurt pas, sera lui aussi immortel. Et celui qui se complaît en la Vie, sera vivant. Tel est l'esprit du Seigneur, sans mensonge, qui instruit les hommes à connaître ses voies. Soyez sages, comprenez et veillez. Alleluia!"

XVII, 13-14: "J'ai semé mes fruits dans les coeurs et je les ai changés en moi; ils ont reçu ma bénédiction et ils vivent; ils se sont rassemblés vers moi et ils se sont sauvés, parce qu'ils sont pour moi des membres et je suis leur tête.

15: "Gloire à toi, ô notre tête, Seigneur Christ! Alleluia!"

XLI, 4-7: "Un grand jour a lui pour nous, et admirable est celui qui nous a donné de sa majesté. Raunissons-nous donc ensemble au nom du Seigneur; honorons-le dans sa bonté; illuminons notre visage de sa lumière, et que nos coeurs méditent son amour nuit et jour. Exultons de l'exultation du Seigneur.

8-10: "Qu'ils s'étonnet tous ceux qui me voient, parce que je suis d'une autre race. Le Père de vérité s'est souvenu de moi, lui qui me possédaît dès le principe. Car sa plénitude m'a engendré, ainsi que la pensée de son coeur.

11-15: "Son Verbe est avec nous pour notre route; le Sauveur qui sauve nos âmes, loin de leur nuire, l'homme qui s'est humilié et a été exalté par sa justice, le Fils du Très Haut est apparu dans la perfection de son Père; une lumière a lui du Verbe, qui était en lui dès le principe."

(1) Cf. CONNOLLY, *Journal of Theological Studies* (1920) 83.

(2) *Histoire....*, II, p. 224.

(3) J. LABOURT y P. BATIFFOL, *Les Odes de Salomon, une oeuvre chrétienne des environs de l'an 101-120*, Paris, 1911.

Unas veces, como se ve, es el alma; otras veces, la Iglesia, otras, el mismo Verbo, el que habla en la belleza de estas escenas.

Un himno fervoroso a Cristo es el broche que cierra el *Pedagogo* de Clemente de Alejandría. El jefe de la escuela catequética deja desbordar todo su entusiasmo en esta plegaria al divino Pedagogo, que no es otro que el Verbo Encarnado.

He aquí una traducción que no puede en manera alguna reflejar el subido y misterioso lirismo del original:

“Freno de los indómitos corceles,  
ala amorosa de las aves fieles,  
timón seguro de los navegantes,  
pastor de los corderos del gran Rey:  
reune el coro de inocentes niños,  
que, al sincero candor de sus acentos,  
canten a Cristo, Rey de la inocencia.

Rey de los Santos, Verbo,  
que todo lo dominas,  
maestro de la ciencia  
del Padre celestial;  
sostén en los trabajos,  
triunfador sempiterno,  
Jesús, salud del mundo,  
agrícola, pastor,  
timón, freno seguro,  
ala de la grey santa,  
pescador de los hombres,  
que con dulces anzuelos  
del piélagos espantoso  
salvas las almas castas;  
guía tu grey sagrada  
racional, pastor santo;  
sé el Jefe de tus hijos  
libres de corrupción.

Huellas de Cristo,  
vía celeste.  
Verbo perenne,  
edad sin término,  
luz sempiterna,  
fuente de gracia,  
prez de virtud  
de los que adoran  
al Dios eterno  
en vida honesta,  
Cristo Jesús.

Néctar celeste que de dulces pechos  
destila tu saber, madre de gracias:  
los parvulillos cuyas tiernas bocas  
del pecho racional sació el espíritu,  
entonemos sencillas alabanzas,  
canciones de verdad a Cristo Rey;  
santas mercedes al Niño poderoso.  
Coro de paz,  
hijos de Cristo,  
pueblo modesto,  
cantemos todos  
al Dios de paz" (1).

Vino que germina vírgenes, vertido en los odres viejos del clasicismo griego, hallarán las almas escogidas, en el *Banquete* de Metodio de Olimpo (+ 311), sobre la virginidad. El himno que la virgen premiada entona a Cristo, el Rey de las Vírgenes, ἡρῷαν θεόν, y a la Iglesia, su esposa, es largo y un tanto monótono para ser aquí reproducido por entero; pero hermoso y elevado en demasía para no trascibir algunas de sus estrofas:

"Desde las alturas del cielo, oh vírgenes, resuena el eco de una voz que despierta a los muertos, que nos intimá a salir todas juntas al encuentro del Esposo hacia el oriente, con blancas túnicas y lámparas. Despertad antes que el Rey traspase los umbrales.

"Soy casta para ti, oh Esposo mío, y salgo a tu encuentro con la lámpara esplendorosa.

(Este estribillo se repite a cada estrofa).

"He rechazado la mezquina felicidad de los mortales, he despreciado las delicias y el amor de una vida luxuriosa, en tus brazos saludables deseo ser acogida, oh bienaventurado, y contemplar eternamente tu hermosura.

"Soy casta para ti, etc.

"He olvidado a mi patria, oh Verbo, sólo tu gracia anhelo; he olvidado los coros de las vírgenes, mis iguales, a mi madre, y al brillo de mi casa: tú lo eres todo para mí, oh Cristo!

"Tú eres, oh Cristo, el que nos das la vida. ¡Salve, oh Sol sin ocaso! Acoge mis aclamaciones. Circúndete el coro de las vírgenes, Flor sin tacha, Amor, Alegría, Prudencia, Sabiduría, Verbo!

"Abrenos tus puertas, oh Princesa vistosísima, admítenos en la cámara nupcial, Virgen sin mancha, Esposa triunfadora, que respiras belleza: con la librea de Cristo nos presentamos para cantar tu cántico de bodas, oh tallo venturoso.

"Prefigurando Abel espléndidamente tu muerte, oh bienaventurado, exclamó bañado en su propia sangre y con los ojos fijos en el cielo: Soy víctima de la crueldad de un hermano; recíbeme tú, oh Verbo.

(1) *Pedagoge* III al fin, ed. O. STAELIN, GChS, Clem. Alex., I, 191-192.

"También tu madre, gracia intacta, la fuerte, la que te llevó en su seno virginal, y no pudo evitar las sospechas de infidelidad, exclamaba:

"Soy casta para ti, etc.

"Rodeando tu tálamo, oh bienaventurada Esposa de Dios, te celebramos con himnos, intacta virgen Iglesia, la de la blancura de nieve, la de la negra cabellera, casta, irrepreensible, amable.

"Desapareció la corrupción, y los dolores luctuosos de enfermedades; cesó la muerte, la locura, la tristeza, tormento del alma: de nuevo luce de repente para los mortales la alegría de Cristo Dios" (1).

También las plantas exóticas pueden ser a su manera un indicio del ambiente que les dió ser. La literatura de las *Actas Apócrifas* de los Apóstoles, hija de la devota imaginación de los fieles, así como fué durante largos siglos alimento de la inspiración artística cristiana, pueden ser un exponente de las creencias populares que revelan.

Audaz en su expresión, susceptible por lo mismo de torcidas interpretaciones, aunque su fe sea recta, es típica en punto a las relaciones de los fieles con Jesucristo la oración que nos han conservado las *Actas de Pedro* (2). El Apóstol, en el momento de la muerte, ruega así a Jesucristo:

"Tú para mí un padre, tú para mí una madre, tú para mí un hermano, un amigo, un servidor, un administrador; tú el todo, y el todo en ti; y tú el ser, y no hay otra cosa que exista sino tú solo. Refugiaos, pues, también vosotros, hermanos, en él, y sabedores de que en él sólo existís, obtendréis aquello de que él os habla, lo que ni ojo vió, ni oído oyó, ni entró jamás en el corazón del hombre. Nosotros, pues, te pedimos lo que tú has prometido darnos, oh Jesús sin tacha, te alabamos, te damos gracias, reconocemos al glorificarte —hombres débiles todavía—, que tú eres solo Dios, y que no existe otro, a quien sea la gloria ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén." (3).

Aunque en otro orden muy diverso, un majestuoso himno de acción de gracias a Cristo vencedor de las persecuciones, corona como cúpula soberana la Historia de Eusebio de Cesarea (4).

Es el grito triunfal que anuncia una nueva aurora después de tres

(1) BANUETE XI, ed. D. G. N. Bonwetsch, GCHS, Leipzig, 1917, 131-136.

(2) Cf. LEBRETON, *Histoire...*, II, 236-237.

(3) *Actas de Pedro, Martirio del Santo Apóstol Pedro*, XXXIX, ed. L. VOUAUX, París, 1922, 454-458; allí también el comentario.

(4) X, 4, ed. E. SCHWARTZ, GChS, Eus., 2, 862-883.

siglos de sangre y de terror; la voz elocuente del pastor recién consagrado (1), que siente el orgullo de su fe y se congratula por el honor de la Iglesia su esposa:

"Antiguamente conocíamos las señales milagrosas de Dios y los beneficios del Señor para con los hombres, escuchando la lectura de los textos divinos, y nos era dado entonar himnos y cánticos a Dios... Pero ahora no son ya solamente relatos ni palabras las que nos hacen conocer el brazo altísimo y la mano celestial del Dios óptimo y Rey nuestro Soberano: son las obras en verdad por las que nuestros propios ojos nos hacen ver que son verdaderas y exactas las cosas confiadas antiguamente a la memoria. Justo es, pues, cantar un nuevo himno de victoria..."

"En cuanto a aquel que es para nosotros la causa segunda de los bienes, que nos ha introducido en el conocimiento de Dios, el maestro de la religión verdadera, el azote de los impíos, el destructor de los tiranos, el restaurador de la vida, Jesús, el salvador de los que estábamos desesperados, venerémosle llevando su nombre en nuestros labios..."

"Cosa nunca vista, los emperadores más excelsos, sabedores del honor que de él reciben, escupen al rostro de los ídolos muertos, pisotean los ritos impíos de los demonios, se mofan del antiguo desvarío tradicional, y confiesan a este Dios único, el bienhechor universal de todos y de sí mismos. Reconocen a Cristo como Hijo de Dios y Rey soberano del universo; le proclaman salvador sobre las columnas, grabando en caracteres reales para memoria imperecedera sus justos hechos y sus victorias contra los impíos, en medio de la ciudad señora del universo. De suerte que Jesucristo es nuestro único Salvador, y proclamado por los que más representan en la tierra, no sólo como un rey ordinario nacido de hombres, sino adorado como hijo verdadero del Dios Rey del universo, Dios también él mismo.

"Y con razón: porque, ¿qué rey ha llegado jamás a tal grado de virtud que todos los hombres de la tierra oigan y pronuncien su nombre?... ¿Quién, combatido de todos por siglos enteros ha dado prueba de tal poder sobrehumano que cada día florece y se renueva en todo el mundo? ¿Quién ha fundado un pueblo, desconocido hasta ahora, que no se oculta en un rincón del mundo, sino que se manifiesta por toda la tierra bajo el sol?... ¿Qué rey despliega tal poder, y dirige ejércitos después de la muerte, y recaba trofeos de sus enemigos, y llena todo lugar, y toda región, y toda ciudad, la Grecia y los bárbaros, de consagraciones de basílicas y templos, como los ornatos y ofrendas magníficas del templo presente?" (2).

Imposible continuar. Habría que trascibir todo el discurso. El austero historiador se envuelve y arrebola aquí entre los pliegues de la más sublime oratoria.

(1) Cf. *Eusèbe Histoire ecclésiastique*, livres IX-X, E. GRAPIN, en la colección *Textes et Documents*, HEMMER-LEJAY, París, 1913, p. 316.

(2) Celebrábase la consagración de la basílica de Tiro.

## III

Pero donde más apasionadamente caluroso e íntimo sonó el grito de amor a Jesucristo, fué en los labios de los mártires. Instintivamente en la hora suprema de la tortura, cuando rotos todos los velos de la reflexión y miramientos externos, el alma aparece al desnudo, el cristiano invocaba con inflamado afecto a Jesús. Era, en verdad un *pathos* en el divino sentido de este vocablo. En sus expresiones no hay el hieratismo de las fórmulas litúrgicas, ni la acom pañada regularidad del himno o de la pieza oratoria. Allí sólo hay fervor encendido, arranque irresistible, pasión sublime.

Sólo Cristo tuvo mártires (1).

Los judíos gustaron la suavidad de morir por la piedad patria (2). Al respeto a los libros sagrados sacrificaban con gusto la propia vida; "Todo judío, desde que nace—dice Josefo—, ve como la cosa más natural del mundo que en ellos está contenida la voluntad divina, que hay que respetarlos, y, si es menester, morir por ellos con alegría. Y así se ha visto ya a muchos de ellos, cautivos, sobrelevar torturas y todo género de muertes en los anfiteatros, por no proferir una sola palabra contraria a las leyes y a los anales que las acompañan" (3). El *segundo libro de los Macabeos* está esmaltado de nombres ilustres en este sentido.

(1) La evolución del término *μάρτυς* es conocida. En la Escritura significa simplemente *testigo*: ni siquiera en el N. T. se halla un caso cierto en que se deba tomar el sentido técnico de mártir. Por vez primera, en el *Martirio de Policarpo* (hacia 153) se reserva el término exclusivamente *al que muere por la fe*. Poco más tarde, en la *Carta de las iglesias de Viena y Lyón* (177), se precisa más, con la oposición, que aquí aparece por vez primera, entre *confesor* y *mártir*. En el lenguaje corriente del siglo III, *mártir* significa *el que muere por Cristo*, sin que se suscite ya el sentido etimológico de origen; y el término *confesor* designó a *los que habían sufrido por Cristo sin consumar su sacrificio con la muerte*. Véase este punto de estudio, desarrollado con la competencia universalmente reconocida, por el P. H. DELEHAYE, *Sanctus*, Bruselas, 1927, 74-121, con la bibliografía, p. 75, nota. E. HOCEDEZ, *Le concept de martyr*, en *Nouvelle Revue Théologique*, 55 (1928), 81-89, 198-208, sintetiza muy atinadamente el proceso evolutivo, insistiendo en la solución de Delehaye, contra otros recientes puntos de vista.

(2) Los Macabeos decían al tirano: "ώς ἡδύς πᾶς θανάτου τρόπος διά τὴν πάτριαν γέμων εὐσῆβειαν" FLAVIO JOSEFO, *Macabeos*, 9, ed. G. DINDORF, II (París, 1845, Fermín Didot), 402.

(3) *Contra Apión*, I, 8, ed. G. DINDORF, II (París, 1845, Fermín Didot), 341.

Pero el amor proverbial judaico a sus tradiciones y a la prosperidad material de su pueblo, despojaba a la muerte y a la persecución del horror que ordinariamente las acompaña. ¿Y qué decir del amplio margen que deja el Talmud a los judíos para disimular sus creencias? (1).

Pudo crear fanáticos y exaltados el paganismo. Los galos ostentaban sus incisiones en los brazos y aun llegaban a mutilarse ignominiosamente en honor a Cibeles. El vértigo religioso trastornaba de suerte a algunos indios que los arrojaba a las ruedas del carro de su ídolo para ser aplastados a su paso.

El dominio sereno, inquebrantable, la confesión de la verdad reflexiva, razonada, el equilibrio soberano de los mártires cristianos, brilla tras estos turbios extravíos como después de la noche el día.

Un caudillo llega a fascinar a sus secuaces. La memoria del Maestro cautiva a toda una escuela. "Cristo—según frase atrevida, pero verdadera, de Newman—ha hecho de un partido el vehículo de su doctrina" (2).

Pero a Jesús se le ha amado más, infinitamente más que a cualquier cabeza de secta o jefe de escuela. "Nadie creyó en Sócrates hasta el extremo de morir por la doctrina que enseñaba", escribía S. Justino en el siglo II (3), y su testimonio se generaliza irrefutado por la historia. Sumad toda la pasión política de las fracciones de todos los tiempos; nada igualará a la exaltación sublime de Ignacio de Antioquía cuando dice: "Trigo soy de Dios, y soy triturado por los dientes de las fieras para ser pan puro de Cristo" (4).

Cristo era el centro de las miradas del mártir. Alma de su alma y aliento de su vida, realizaba por singular manera el dicho del Apóstol: "Vivit vero in me Christus". Cristo vivía, luchaba y triunfaba en sus mártires.

Ellos "se apresuraban a correr hacia Cristo" (5); una extraña alegría ponía tonos de fiesta en los mártires de Lyon. Blandina, la

(1) Cf. M. VILLER, *Martyre et perfection, Revue d'Ascétique et Mystique*, VI (1925), 4-5.

(2) *Oxford University Sermons*, IX, 25.

(3) *Apología*, II, 10, ed. J. C. OTTO, *Corpus Apologetarum christianorum, Justini philosophi et martyris...*, I, parte I.<sup>a</sup>, p. 228.

(4) *Rom.*, IV, 1, FUNK, 1<sup>o</sup>, 256.

(5) Eus., *HE*, V, 1, 6, SCHWARTZ, GChS, Eus., 2, 404.

última, "como una noble madre que ha exhortado a sus hijos y los ha enviado ante ella victoriosos hacia el Rey, ella a su vez recorre de nuevo toda la serie de sus combates, redobla el paso en pos de ellos, gozosa y llena de alegría en su marcha, que parecía invitada a un festín de bodas, y no a ser arrojada a las fieras" (1).

Maximiliano desafía a la muerte, imperturbable él por la fe en la inmortalidad con Cristo: "Ego non pereo; et si de saeculo exierro; vivit anima mea cum Christo Domino meo". Y, arrastrado al suplicio, ya condenado a muerte, exhorta a los cristianos: "Frates dilectissimi, quantacumque potestis virtute avida cupiditate prope rate, ut Dominum vobis videre contingat, et talem etiam vobis coronam tribuat" (2).

El gesto de Carpo a este respecto es encantador. Ha visto morir abrasado a su compañero Papylo; ahora le toca el turno a él. "Clávanle al madero y él sonríe; los asistentes, estupefactos, le dicen: ¿Por qué te ríes? Y el bienaventurado responde: He visto la gloria del Señor, y me he alegrado". Más tarde prenden fuego a la hoguera que lo va a devorar, y, lleno de reconocimiento, exclama: "Bendito seais, Señor, Jesucristo, Hijo de Dios, por haberme juzgado digno a mí pecador de suerte tan deseada" (3).

La paradoja es algo que pertenece a la fisonomía misma del Cristianismo. Hoy difícilmente nos formaríamos idea cabal de la impresión que en los oyentes de Cristo, que sabían lo que era un esclavo y el suplicio de la cruz, causaron aquellas palabras: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sigame..."

La imitación de Cristo es la ley fundamental del martirio. Cuando, aiudiendo a su martirio, dijo Jesús a S. Pedro: "A donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde", selló para siempre el carácter propio del martirio.

En Ignacio de Antioquía halla esta doctrina eco decisivo. Para él todo fiel por la caridad, y más el mártir por la imitación de la Pasión de Cristo, es una moneda viva que ostenta en sí estampados los rasgos de Jesucristo y la efigie de Dios Padre:

(1) Ib., 55, p. 424.

(2) *Actas de Maximiliano*, ed. R. KNOPF, *Ausgewählte Märtyrerakten*, Tübinga 3, 1929, 87.

(3) *Actas de Carpo, Papylo y Agatónica*, 38-41, ed. de A. HARNAK, *Texte und Untersuchungen*, 3, 4, 450-451.

"Hay, por decirlo así—dice en su Epístola a los de Magnesia—, dos clases de monedas, la de Dios y la del mundo, y cada una de ellas tiene su efigie particular; los infieles llevan la efigie de este mundo, los fieles a quienes la caridad anima, llevan, bajo los trazos de Jesucristo, la efigie de Dios Padre. Si no estamos prontos, con la ayuda de Jesucristo, a correr a la muerte por imitar su pasión, su vida no está en nosotros" (1).

Su vida se revela en estas cartas como un arco tendido a dispararse hacia la cruz. El Crucificado es quien continuamente le aliena y fascina. El cristiano, dice en otra parte, es un "brote de la cruz", *κλάδοι τοῦ σταυροῦ*, (2); de ella toma su savia; Cristo en cada virtud es el modelo de imitación constante: "Esforcémonos por imitar al Señor—recomienda a los de Efeso—, rivalizando por sufrir más y más la injusticia, los despojos, el menosprecio" (3).

Su entusiasmo por el martirio, por unirse a Cristo, rompe en ardorosas exclamaciones en la Carta a los Romanos:

"Para nada quiero todos los confines del mundo y todos los reinos de la tierra. Más quiero morir por Jesucristo que imperar en todo el mundo. Busco a Aquel que por nosotros murió; a Aquel quiero que por nosotros resucitó

"Ya llega el momento del nacimiento, ¡piedad, hermanos carísimos!, no me estorbéis salir a la vida, no queráis que muera, no me entreguéis al mundo a mí que sólo deseo ser para Dios; no me engañéis por el amor a lo temporal. Dejadme volar a la luz pura y verdadera; cuando a ella llegue, empezaré a ser en verdad hombre. Permitidme ser imitador de los tormentos de mi Dios. Si alguno le tiene a El dentro del corazón, entenderá lo que quiero y se compadecerá de mí, sabiendo las apreturas que me estrechan" (4).

La razón de todo es que así llega a ser "discípulo 'de Jesucristo'" (5); el sufrimiento es su escuela (6).

Policarpo hace coro a Ignacio, razonando esta imitación:

"Jesucristo lo ha soportado todo por nosotros—dice a los de Filipos—, a fin de que vivamos en él. Imitemos, pues, su paciencia, y si no sufrimos por su nombre, glorifiquémosle" (7).

(1) V, 2, FUNK, I 2, 234.

(2) *Trall.*, XI, 2, FUNK, I 2, 250.

(3) *Efes.*, X, 3, FUNK, I 2, 222.

(4) *Rom.*, 6, FUNK, I 2, 258-260.

(5) *Rom.*, IV, 2, FUNK, I 2, 256; *Magn.*, IX, 2, 238.

(6) *Rom.*, V, 1-3, FUNK, I 2, 258; *Efes.*, III, 1, 216.

(7) *Filip.*, VIII, 2, FUNK, I 2, 304-305.

Y de los mártires Ignacio, Zósimo y Rufo dice que “están cerca del Señor, en cuyos sufrimientos han participado” (1).

Esta idea, familiar en la era de los mártires, inundaba de consuelo el alma de las víctimas, y se describía rasgo por rasgo con amorosa envidia por los cronistas de las Actas.

En el *Martirio de Policarpo* (2), una perla de la hagiografía cristiana, esa preocupación refleja visiblemente la pluma de los redactores. Hágense resaltar los más insignificantes trazos de semejanza. El cuadro resulta un mosaico de la jornada del Viernes Santo. La predicción de la muerte del Santo Obispo (5,2); la traición de uno de los suyos, que se compara a Judas (6, 1-2); su captura de noche, como si fuera un ladrón (7, 1); sus protestas, a ejemplo de Jesucristo, de aceptar la voluntad de Dios (7, 1); su sacrificio consumado en la pascua judía (21); el soldado que le da el golpe de gracia (16, 1), y otros pormenores minuciosos que todavía omitimos, revelan la intención del hagiógrafo, que todavía los refuerza con el estribillo *según el evangelio* (1, 1; 19, 1)) (3).

El narrador “venera a los mártires como a discípulos e imitadores del Señor” (4).

Para el cronista del martirio de los de Lyon, el mayor elogio es llamarlos “émulos e imitadores de Cristo” (5). En la mártir Blandina, sujetada al madero y cubierta de llagas todo el cuerpo, ven la más exacta reproducción del Calvario:

“Los mártires que luchaban todavía, recibían un poderoso aliento de este espectáculo al verla sujetada en forma de cruz, y oirla rezar en alta voz; parecíanles en esta lucha ver con los ojos del cuerpo en su hermana a Aquel que fué crucificado por ellos, para persuadir a cuantos creen en él que todo el que sufra por la gloria de Cristo tendrá participación eterna en el Dios vivo” (6).

(1) Ib., IX, 2, FUNK, I<sup>2</sup>, 306.

(2) En FUNK, I<sup>2</sup>, 314-342.

(3) Véanse todos ellos en H. DELEHAYE, *Les passions des Martyres et les genres littéraires*, Bruselas, 1921, p. 17-18. Allí también se refuta cumplidamente la objeción contra la autenticidad y veracidad del relato, deducida de esa preocupación e idea directriz en la redacción, p. 18-21.

(4) Ib., XVII, 3.

(5) Eus., *HE*, V, 2, SCHWARTZ, GChS, Eus., 2, 428.

(6) Ib., V, 1, 41, SCHWARTZ, 418.

En la *Passio Perpetuae* se cuenta que son azotados los mártires a su entrada en el circo; "et utique gratulati sunt, quod aliquid et de dominicis passionibus essent consecuti" (1).

Aunque no sea sino de pasada, nótase frecuentemente esta excelencia del mártir: Santiago "sufrió el martirio como el Señor", dice Hegesipo (2); del mártir egipcio Nemesión, dice Eusebio que al ser azotado y quemado entre ladrones, "fué honrado con asemejarse de esta suerte a Cristo" (3).

La idea de Ignacio de Antioquía sobre el martirio escuela de Cristo, se repite en la tradición. Orígenes llama a los mártires "imitadores de Dios y de Cristo" (4).

San Cipriano se esforzaba por avivar el fervor de los cristianos de Thibaris en la Proconsular:

"Si beben diariamente—les escribía en plena persecución—los soldados de Cristo el cáliz de la sangre de Cristo, es para que puedan también ellos derramar su sangre por Cristo" (5).

"En esta milicia precedió el primero el Señor, maestro de humildad, de paciencia y de sufrimiento" (6).

"¿Qué cosa más gloriosa—dice en otro lugar—que... llegar a ser colega de sufrimiento con Cristo en el nombre de Cristo?" (7).

De ahí la veneración especial de que rodeaban al mártir los cristianos. Su persona vivía en una esfera aparte. Un vínculo especial lo asociaba a Jesucristo, al Primer Mártir, al único "Mártir fiel y verdadero", según la amorosa frase de la *Carta de las Iglesias de Viena y de Lyón*. (8).

Desde que un cristiano sufre por Cristo, entra en audiencia familiar con El; la misma nube esplendorosa de este nuevo Tabor los envuelve y estrecha sus intimidades. Los extraños reconocen ese

(1) *Pass. Perp.*, 18, ed. J. A. ROBINSON, *Texts and Studies*, 1, 2, 88.

(2) Eus., *HE*, IV, 22, 4, SCHWARTZ, Eus., 2, 370.

(3) *HE*, VI, 41, 21, SCHWARTZ, Eus., 2, 608. Véanse otros ejemplos en DELAHAYE, *Les passions des martyrs et les genres littéraires*, Bruselas, 1921, p. 19, nota 7.

(4) *In Ioann*, lib. II, XXXIV (28), ed. de E. PREUSCHEN, en GChS, Orig., 4, 93.

(5) *Epist.*, 58, 1, ed. G. HARTEL, en CSEL, 3, 657.

(6) Ib., 3, p. 658-659.

(7) *Ep.*, 31, 3, p. 559.

(8) Eus., *HE*, V, 2, 2-3, ed. SCHWARTZ, Eus., 2, 428.

favor y notan con respeto la distancia que los separa de los agraciados: “*domina soror*—dice a Perpetua su hermano—, *iam in magna dignatione es, tanta ut postules visionem et ostendatur tibi an passio sit an commeatus.*” Y la Santa responde: “*Et ego, quae me sciebam fabulari cum Domino, cuius beneficia tanta experia eram, fiderenter repromissi et dicens Crastina die tibi renuntiabo.*” Y el Señor premió su confianza (1).

Ignacio sabe de estas comunicaciones íntimas:

“Yo mismo, aunque prisionero de Cristo y favorecido con la contemplación de las cosas del cielo, de las jerarquías angélicas y de las falanges de los principados, de las cosas visibles e invisibles, no soy con todo esto todavía un verdadero discípulo” (2).

A los efesios les deja entrever la esperanza que tiene de ser favorecido con nuevas revelaciones acerca del plan divino de Jesucristo (3). Experto apreciador del valor de estas revelaciones, recomienda a su discípulo Policarpo: “En cuanto a las cosas espirituales, ruega que te sean reveladas para que no te veas faltó de nada, y tengas en abundancia todos los dones espirituales” (4).

El discípulo es celebrado en su iglesia de Esmirna como mártir y como *maestro de la línea de los apóstoles y profetas* (5). Tres días antes de ser apresado, tuvo una visión: vió que su almohada se consumía por el fuego; y volviéndose a los que le acompañaban les dijo: “Seré quemado vivo” (6).

Y esta familiaridad no era privativa de los próceres del martirio; el pueblo humilde de los mártires también hallaba francesas sus puertas. La misma iglesia de Esmirna testifica:

“Estos mártires generosos de Cristo nos hacían ver a todos que ya no vivían en sus cuerpos, que el Señor más bien estaba en ellos y con ellos se entretenía, *παρεστώς ὁ Κύριος ὑπήκει αὐτοῖς*” (7)

(1) *Passio Perp.*, 4, *Texts and Studies*, I, 2, 66.

(2) *Trall.*, 5, 2, FUNK, I<sup>2</sup>, 264.

(3) *Efes.*, 20, 1, FUNK I<sup>2</sup>, p. 228.

(4) *Polic.*, 2, 2, ib., p. 288.

(5) *Martirio de Policarpo*, 16, ib., p. 334.

(6) *Ib.*, 5, 2, p. 318; cf. 12, 3, p. 328.

(7) *Ib.*, 2, 2, p. 316.

Santa Blandina "no sentía su sufrimiento, gracias a la esperanza, a su adhesión a los bienes de la fe, y a su conversación con Cristo, διά την.., ὅμιλιαν πρὸς Χριστόν" (1).

Favor y correspondencia de parte de Cristo con los mártires, que encendía a éstos en ardorosos anhelos de disolverse en su Señor. Y es la figura de Ignacio de Antioquía, *Teóforo*, la que se viene incoerciblemente al pensamiento, apenas se habla de este amor apasionado de los mártires a Jesucristo. Fuera menester trascibir aquí todas sus cartas; su fuego no se ha extinguido a través de diecinueve siglos, y enciende todavía el alma de los lectores. Permítasenos al menos ofrecer unos fragmentos de su *Carta a los Romanos*, que no trataremos de enfriar con nuestro comentario.

Toda la carta es una súplica anhelosa, apremiante a los fieles de Roma, para que no le impidan consumar el martirio:

I, 2: "Temo mucho vuestro cariño, no me vaya a ser funesto. Vosotros ciertamente con facilidad podréis conseguir lo que deseáis, pero a mí me va a ser muy difícil alcanzar a mi Dios si vosotros me hacéis perder esta ocasión.

II: "No busquéis el agradar a los hombres sino el complacer a Dios, como hasta ahora lo habéis hecho. Pues ni yo lograré ocasión más propicia de conseguir a Dios, ni vosotros podréis adjudicaros acción más noble que la de haberos abstenido de hablar en este caso. Porque si vosotros calláis, yo seré voz y pregón de Dios con mi martirio; si habláis seducidos por el amor a mi cuerpo, quedaré reducido a un mero grito inarticulado.

"No os pido otro favor sino que me dejéis ser inmolado por mi Dios; que ya está preparado el altar (del anfiteatro), y vosotros, reunidos en su derredor, en forma de coro, entonad himnos al Padre por mediación de Cristo Jesús, dándole gracias porque Dios ha hecho digno del martirio a un Obispo de Siria, llamándole desde el Oriente hasta el Ocaso. ¿Hay cosa más hermosa que entrar en el Ocaso de este mundo para amanecer en la Aurora de Dios? (2).

IV: "Ya escribo a todas las iglesias, y a todos dejo como última voluntad que camino gustosísimo a morir por Dios, si es que vosotros no me lo impedís. Os suplico que no me mostréis un cariño mal entendido. Dejadme ser pasto de las fieras que me llevan a mi Dios. Trigo soy del Señor, en los dientes de las fieras debo ser molido para convertirme en pan purísimo de Cristo. Acariciad más bien a las fieras para que sean pronto mi sepulcro y nada dejen de mi cuerpo, no sea que después de muerto venga a ser molesto a alguno con mis huesos. Discípulo seré de Jesucristo desde que ya no vea el mundo mi cuerpo. Rogad a Jesucristo por mí para que por medio de las fieras me haga víctima y hostia digna de Dios. No os lo mando como un San

(1) Eus., *HE*, V, 1, 56, SCHWARTZ, Eus., 2, 424.

(2) He ahí a S. Ignacio que preludia en bellísima forma el pensamiento consolador de la muerte, tan caro a la tradición cristiana. S. CIPRIANO también

Pedro o un San Pablo; aquéllos eran apóstoles, yo un condenado a muerte; ellos libres, yo todavía un esclavo; pero si llego al martirio, haréme libre de Jesucristo y resucitaré en él con la verdadera libertad. Ya desde ahora, encadenado como voy, empiezo a libertarme de mis concupisencias.

V, 2-VII, 2: "¡Cuándo llegará el momento de gozar de esas fieras que me están preparadas en Roma! ¡Ojalá se abalancen veloces sobre mí! Yo las acariciaré para que me devoren cuanto antes y no me respeten y dejen intacto como a otros. Pero si ellas se resisten y no quieren, yo las hostigaré y violentará.

"Sed condescendientes conmigo; yo sé qué es lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo de Jesucristo. Que no haya cosa alguna de este mundo, ni visible ni invisible, que me aprisione el corazón y me impida volar a Jesucristo. Llamas, cruces, lucha de fieras, desgarramiento de las carnes, esóleos, descoyuntamiento de huesos, desmenuzamiento de los miembros, magullamiento de todo el cuerpo, tormentos todos los más crueles de los demonios, vengan, vengan todos sobre mí con tal que yo alcance a Jesucristo.

"Para nada quiero todos los confines del mundo y todos los reinos de la tierra. Más quiero morir por Jesucristo que imperar en todo el mundo. Busco a Aquel que por nosotros murió; a Aquel quiero que por nosotros resucitó.

"Ya llega el momento del nacimiento, ¡piedad, hermanos carísimos!, no me estorbéis salir a la vida, no queráis que muera, no me entreguéis al mundo a mí que sólo deseo ser para Dios; no me engañéis por el amor a lo temporal. Dejadme volar a la luz pura y verdadera; cuando a ella llegue empezaré a ser en verdad hombre. Permitidme ser imitador de los tormentos de mi Dios. Si alguno tiene a El dentro del corazón, entenderá lo que quiero y se compadecerá de mí sabiendo las apreturas que me estrechan.

VII: "El príncipe de este mundo me quiere arrebatar y frustrar los deseos que tengo de Dios; nadie entre vosotros haga causa común con él; poneos más bien de mi lado, mejor dicho, del lado de Dios. No mentís siquiera a Jesucristo, mientras tengáis amor a este mundo.

"No os domine la pequeñez de corazón. Aunque os lo pidiere yo mismo cuando esté ahí, no me lo creáis; creed más bien a esto que ahora os escribo. Vivo estoy y os lo escribo y deseo morir. Ya mi amor (mundano) está crucificado y no hay en mí ya fuego alguno de amor temporal, sino una fuente de agua viva que murmura en mi interior y me repite: Ven al Padre.

VIII, 3: "Si padezco el martirio, me habréis mostrado vuestro amor; si quedo excluido de él, vuestro odio verdadero" (1).

lo expresa, restringiéndolo a los mártires: "Quanta est dignitas et quanta securitas... claudere in momento oculos, quibus homines videbantur et mundus, aperire eosdem statim ut Deus videatur et Christus", *Ad Fortunatum*, 13. ed. G. HARTEL, CSEL, 3, 347. Un apologista de nuestros días reproduce, aunque con sello personal y extendiéndolo a todos los cristianos, el hermoso dicho patrístico: "Morir para quien muere en Jesucristo es saltar en el bajel que aporta a las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles", ANTONIO APARISI y GUIJARRO, *Pensamientos, Obras Completas*, Madrid, 1873, t. I, p. 121.

(1) Los pasajes citados están tomados de la hermosa traducción que de

El texto habla por sí mismo. Querer comentarlo o parafrasearlo sería desdorar con manos pecadoras su nativo fulgor. Nunca la pasión por asemejarse a Cristo y llegar a él por el martirio dió nota más elevada. De su paso sobre la tierra, sumido por lo demás en las tinieblas, sólo nos queda esa ráfaga vivísima de luz: su viaje al martirio en el testimonio de sus cartas. Y viviente en su estilo personalísimo ahí está él, en sus frases pedregosas, sus sentencias truncadas e incorrectas, sus neologismos audaces, como para desesperar a gramáticos y retóricos. ¿Qué vale la Retórica para quien se rige por la sola ley de un amor privilegiado? ¿Y cómo pedir formas y líneas acompañadas a un volcán en erupción?

Y la Historia lo ha consagrado envuelto en ese carácter inconfundible: S. Ignacio de Antioquía es en ella sinónimo de amor apasionado a Jesucristo y a su Iglesia.

Pero no vaya a creerse que fué este un caso aislado. No tiene otra voz el albo ejército de los mártires.

Su discípulo, el anciano Obispo de Esmirna, Policarpo, es llevado al sacrificio en el carro del intendente Herodes. “¿Qué hay de malo, le objetan, en decir: César Señor nuestro, y en sacrificar a los dioses?—De ninguna manera estoy dispuesto, contesta, a seguir vuestras indicaciones.

“Ellos, viendo que nada lograban, le increpan y arrojan violentamente de su carro, dislocándole una pierna. Mas él, como si nada hubiera sucedido, iba alegre y presuroso camino del estadio.

“—Jura en nombre de los dioses, le apremia el procónsul, maldice de Cristo.

“Respondió Policarpo: Ochenta y seis años hace que le sirvo y nunca me hizo mal alguno. ¿Cómo podría blasfemar de mi Rey, el que me salvó” (1).

¿No parece escucharse en estas palabras, veladas por la emoción y el agradecimiento, la voz amablemente ruda del viejo soldado que jura de nuevo las banderas de su Señor? “Y era tal, añaden las ac-

---

la Carta de S. Ignacio publicó el esclarecido helenista, traductor de Sófocles, P. IGNACIO ERRANDONEA (*Mensajero del Corazón de Jesús*, Bilbao, 64, 1919, 131-135). Acompaña a la traducción un estudio sobre la Carta y sobre el Santo Obispo de Antioquía trazado de mano maestra (*ib.*, 117-130): un capítulo acabado de historia y psicología patrística. El texto de la Carta, en FUNK, I2, 252-264.

(1) *Martirio de Policarpo*, VIII, 2-IX, 3, FUNK, I 2, 322-326.

tas, la alegría y confianza que resplandecía en su rostro, que no solamente no se perturbaba a las amenazas, sino que hasta se admiró en gran manera el procónsul” (1).

Poco más tarde, ya sujeto al madero, eleva al Eterno Padre aquella plegaria llena de solemnidad y grandeza:

“¡Señor, Dios todopoderoso, Padre de Jesucristo, tu Hijo muy amado y bendito, que nos ha enseñado a conocerte, Dios de los ángeles, de las potestades y de toda la creación y toda la raza de los justos que viven en tu presencia! Yo te bendigo por haberme juzgado digno de este día y de esta hora, digno de tomar parte entre los mártires, del cáliz de tu Cristo, para resucitar a la vida eterna del alma y del cuerpo en la incorruptibilidad del Espíritu Santo. Sea yo un día admitido entre ellos en tu presencia como una víctima agradable, como realizas tú ahora, Dios que nunca mientes, Dios verdadero, la muerte que he habías preparado, que me habías hecho ver de antemano, Por esta gracia y por todas las cosas, yo te alabo, te bendigo, te glorifico por el eterno y celestial gran Sacerdote, Jesucristo, tu Hijo muy amado. Por él y con él y el Espíritu Santo sea gloria a ti ahora y en los siglos venideros. Amén” (2).

Frecuentísimo es en las *Actas* notar cómo la perspectiva próxima del martirio inundaba de gozo a los cristianos y trasfiguraba su semblante. “*Christianus etiam damnatus gratias agit*”, decía triunfalmente Tertuliano (3), y aún llega la paradoja del martirio hasta gozarse en la condenación: “*magisque damnati quam absoluti gaudemus*” (4). Perpetua y Felicitas bajaban gozosas a las cárceles,

(1) *Ib.*, XII, p. 326-328.

(2) *Ib.*, XIV, 1-3, p. 330-332. Sobre las restricciones con que ha de admitirse el texto de esta oración, se expresa muy acertadamente H. DELEHAYE. Acaba de probar (*Les Passions des martyrs*, Bruselas, 1921, p. 11-15) la autenticidad del relato general del *Martirio de Policarpo*, por el examen interno de la ingenuidad de la narración, y de la falta absoluta de ficción literaria; luego continúa: “*Ceci ne peut s'appliquer qu'avec des restrictions, semble-t-il, à la prière, relativement longue, de Polycarpe sur le bûcher. On y entend, sans aucun doute possible, un écho de textes liturgiques connus. Que le martyr ait mêlé à son langage des formules consacrées, rien de plus naturel. Que le narrateur, essayant de rapporter ses paroles, y ait joint des expressions qu'il retrouvait dans sa mémoire ou ait subi consciemment l'influence d'une rédaction reçue, c'est une hypothèse trop vraisemblable pour qu'il soit permis de n'en point tenir compte*”, p. 15-16.

(3) *Apolog.*, XLVI y I, ed. OEHLER, I, pp. 284 y 116.

(4) *Ad Scapulam*, I, OEHLER, I, p. 539.

“hilares descendimus ad carcerem” (1); los mártires de Lyón “avanzaban jubilosos; una gloria especial y gracia intensa resplandecía en sus rostros (2); Blandina, entre ellos, parecía sacar fuerza de los tormentos, proclamando su fe con alegría creciente: “Soy cristiana” (3). Porfirio, entre los mártires de Palestina, marchaba a la muerte con aire de vencedor, cubierto de polvo el cuerpo, pero resplandeciente el rostro, aspiraba con toda la fuerza de sus pulmones la llama que lo iba a devorar, como si fuera un perfume regalado (4).

Serenamente imperturbables en medio de los más atroces suplicios, parecían levantados sobre la sensibilidad y el sufrimiento. Las escenas descritas en el *Martirio de Policarpo* (5) son como un cliché obligado, según se repiten en muchas Actas.

Lo ordinario era, al escuchar la sentencia, prorrumpir en un desahogo de acción de gracias, que era un canto de victoria. *Deo gratias agimus*, responde Esperato, en nombre de los mártires Scilitanos. “Hodie martyres in caelis sumus: Deo gratias”, añade Nartzalo, uno de sus compañeros; “Deo gratias”, corea luego todo el grupo (6).

Anheloso esperaba S. Cipriano la carta de su sentencia: “Quas litteras cotidie speramus venire... expectantes... vitae aeternae coronam” (7). Al recibir la sentencia, dicen las Actas proconsulares, “Cyprianus episcopus dixit: Deo gratias” (8).

Policarpo, al encenderle la hoguera, estalla en este grito de júbilo: “Bendito seas, Señor Jesucristo, Hijo de Dios, que a mí, pecador, me juzgas digno de participar de tu suerte” (9).

En algunos la agonía suprema se exterioriza en ayes conmovedores; porque la carne es flaca. El recurso a Jesucristo se hace entonces más íntimo y lastimero. Thelica, entre los mártires de Abitina, se ofrece heroicamente al martirio. Desgarradas sus carnes con uñas

(1) *Pass. Perp.*, VI, 6, *Texitis and Studies*, I, 2, 70.

(2) Eus., *HE*, V, I, 35, SCHWARTZ, GChS, Eus., 2, p. 414.

(3) *Ib.*, V, I, 18-19, p. 408.

(4) Eus., *Sobre los mártires de Palestina*, XI, 19; *ib.*, p. 941.

(5) II, FUNK, I 2, 314-316.

(6) *Passio Sanctorum Scilitanorum*, 23-24, 26, ed. J. A. ROBINSON en *Texts and Studies*, I, p. 116.

(7) *Epist.*, 80, 1, ed. G. H. ARTEL, CSEL, 3, 840.

(8) *Acta proconsularia*, 4, ed. G. HARTEL, CSEL, 3, Appendix, CXIII.

(9) *Martirio de Carpo, Papylo y Agatónica*, 38-41, ed. A. HARNACK, en *Texte und Untersuchungen*, III, 4, 450-451.

de hierro, grita: “*¡Deo gratias! In nomine tuo, Christe Dei Fili, libera servos tuos!*” Sus clamores, dice el narrador, brotan empapados en su propia sangre: “*Non sumus homicidae, non fraudem fecimus. Deus miserere. Gratias tibi ago. Pro nomine tuo, Domine da sufferentiam. Libera servos tuos de captivitate huius saeculi. Gratias tibi ago, nec sufficio tibi gratias agere*”. Salta a borbotones la sangre de sus costados desgarrados, y el procónsul le dice: “*Incipies sentire quae vos pati oporteat*”. El responde: “*Ad gloriam. Gratias ago Deo regnorum. Apparet regnum aeternum, regnum incorruptum. Domine Iesu Christe, christiani sumus, tibi servimus; tu es spes nostra, tu es spes Christianorum. Deus sanctissime, Deus altissime, Deus omnipotens, tibi laudes pro nomine tuo agimus*”.

Síguele en el tormento el senador Dativo; en su tortura no cesa de clamar: “*O Christe Domine, non confundar*”. El juez le acomete con su interrogatorio; los tormentos arrecian. El mártir repite sin cesar: “*Rogo, Christe, non confundar*”. No atendía a los dolores de su cuerpo, sino rogaba al Señor: “*Subveni, rogo, Christe, habe pietatem, serva animam meam, custodi spiritum meum, non confundar! Rogo, Christe, da sufferentiam*.”

Sucédeles el presbítero Saturnino. Abierto su vientre, aparecen los huesos al desnudo; los verdugos se ceban encarnizadamente en él: “*Rogo, Christe, exaudi! Gratias tibi ago, Deus; iube me decollari. Rogo, Christe, miserere!* Fili Dei, subveni!”

Luego Emérico: “*Rogo, Christe, tibi laudes! Libera me, Christe, in nomine tuo. Breviter patior. Christe, non confundar!*” Y Ampielio: “*Christe, laudes tibi refero. Exaudi, Christe!*” Y el joven Saturnino: “*Rogo, Christe, da sufferentiam. Spes es vitae*” (1).

“Este festín estaba preparado para mí”, canta Agatónica, lanzándose fervorosamente a la hoguera. El fuego se ceba en sus carnes; y al sentir sus dentelladas, grita anhelosa por tres veces: “*¡Señor, Señor, Señor: Socórreme! a Ti acudo*” (2).

(1) *Acta Sanctorum Saturnini, Dativi et aliorum plurimorum Martyrum in Africa*, T. RUINART, *Acta primorum martyrum sincera et selecta* 2, Amsterdam, 1713, p. 382-388; para el relato y apreciación de las Actas, cf. P. MONCEAUX, *L'Afrique chrétienne*, III, París, 1905, p. 145-147, y H. DELEHAYE, *Les passions des martyrs et les genres littéraires*, Bruselas, 1921, p. 114-116.

(2) *Martirio de los Santos Carpo, Papyllo y Agatónica*, 42-46, en A. HARNACK, *Texte und Untersuchungen*, 3, 4, p. 451-453; cf., H. DELEHAYE, *Les passions...*, p. 136-141.

El mundo gentil no estaba hecho a tales espectáculos. Los miraban como a furiosos y desesperados, "Propterea enim desperati et perditu existimamur" (1). Otros, estupefactos, les reconvenían, como Arrio Antonio en Asia: "Si queréis morir, tenéis precipios y lazos, Ωδειλοί, εἴ τε θέλετε ἀποθνήσκειν κοντινούς η βρούχους ἔχετε (2).

A veces la admiración arrancaba a los espectadores confesiones sorprendentes, como ante los horribles suplicios de Blandina (3). La locura de la cruz infundía una fortaleza que vencía a todas las enseñanzas de los Sénecas y Tulios, como triunfalmente se lo echaba en cara Tertuliano (4).

Y es que en verdad era Cristo quien luchaba en los mártires. Desde las luminosas tinieblas de Getsemaní vió el Divino Fundador a su Iglesia que atravesaba el mundo, como El iba a recorrer la calle de la amargura, en medio de una lluvia de insultos, de azotes y de sangre. Es su Iglesia, su cuerpo místico, Cristo mismo que prolonga su existencia sobre la tierra hasta la consumación de los siglos; y, con El, el duelo a muerte también entablado desde el principio entre el Hijo del Hombre y el Maligno, que proyecta su sombra siniestra oscureciendo el porvenir.

Cristo sufría en los mártires, y éstos tenían conciencia de ello. Sólo un pesar acongojaba a Felicitas, el temor de verse privada del suplicio, por hallarse en cinta, "in magno erat luctu", dicen las Actas (5). Llególe su hora en la cárcel; y al lamentarse de los dolores naturales del parto, un centinela le arguye irónicamente: "Quae sic modo doles, quid facies obiecta bestiis, quas contempsisti cum sacrificare nolusti? Et illa respondit: Modo ego patior quod patior; illic autem aliis erit in me qui patietur pro me, quia et ego pro illo passura sum" (6).

(1) TERTULIANO, *Apolog.*, c. 50, ed. OEHLER, I, p. 298. "...et desperatos vocant—dice Lactancio—quia corpori suo minime parcunt", *Div. inst.*, V, 9, ed. S. BRANDT, CSEL, 19, 426.

(2) En TERTULIANO, *Ad Scapulam*, c. 5, OEHLER, I, p. 550.

(3) EUS., *HE*, V, 1, 56, SCHWARTZ, GChS, Eus., 2, 424.

(4) "Multi apud vos ad tolerantiam laboris et mortis hortantur, ut Cicerio in *Tusculanis* ut Seneca in *Fortuitis*, ut Diogenes, ut Pirron, ut Celinicus. Nec tamen tantos inveniunt verba discipulos quantos christiani factis docendo", *Apolog.*, c. 50, OEHLER, I, 301.

(5) *Passio Perpetuae*, XV, 1, ed. J. A. ROBINSON, *Texts and Studies*. I, 2, p. 84.

(6) Ib., XV, 3, p. 84.

Santo, uno de los mártires de Lyón, en medio de las torturas y horrores de la hoguera, “se ve refrigerado y fortalecido por la fuente celestial de agua viva que brota del costado de Cristo; su cuerpo atestiguaba su sufrimiento, todo él es una llaga y carnicería, contraído y ya sin forma humana; pero Cristo que sufría en él, realizaba en él grandes maravillas, quebrantando el esfuerzo del enemigo, y mostrando para ejemplo de los que le contemplaban, que nada hay temible allí donde está el amor del Padre, nada doloroso donde está la gloria de Cristo” (1).

Romanos, entre los mártires de Palestina, sufre con la lengua arrancada por el verdugo: “por la extraordinaria fortaleza con que soporta esta tortura, dice Eusebio, dió a entender a todos los espectadores que un poder divino asiste a cuantos sufren por la piedad, mitiga sus sufrimientos y conforta su valor” (2).

Pero los testimonios son legión (3). La expansión de S. Pablo: “Vivo ego, iam non ego; vivit vero in me Christus”, “Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo”, encarnó un día en Ignacio mártir, y por él habló el coro de los mártires, que es tanto como decir toda su Iglesia contemporánea.

El morir e ir a Cristo es para Ignacio una misma cosa; fusión admirable en una valentísima frase, intraducible al castellano, hija del amor que no sufre demoras: *Ἄποθανειν εἰς χριστόν Ἰησούν* (*Rom.*, VI, 1). Es el “Maranatha” inverso; la exhalación ardorosa de la Iglesia por la vuelta de su Señor es aquí el anuncio apasionado de su llegada a El, por el único camino practicable: el morir.

Porque los mártires, y sirva esta observación de conclusión a estas líneas, no eran en la Iglesia una aristocracia de excepción. Todas las clases sociales tienen en ellos sus representantes; se reclutan acá y allá, al azar, por denuncias privadas, por traición a veces. No constituyen una casta. El martirio, que sacrificaba a los menos, amenazaba y templaba el alma de todos. Dar su nombre a Cristo era alistarse como candidato al martirio, exponerse a la muerte, a veces firmar la sentencia.

(1) Eus., *HE*, V, 1, 23, SCHWARTZ, Eus., 2, p. 410.

(2) *De los mártires de Palestina*, 2, ed. SCHWARTZ, GChS, Eus., 2, p. 909.

(3) *Martirio de Policarpo*, II, 3, FUNK, I, 2, p. 316; ORÍGENES, *In Ieremiam*, hom. XIV, n. 7 y 17, ed. E. KLOSTERNANN, GChS, ORIG., 3, 112 y 124; CIPR., *Ad Fortunatum*, c. II, ed. G. HARTEL, CSEL, 3, p. 339, *Epist.*, 76, 2, ib., p. 829-830; AMBROSIASTER, *Comm.*, in *II Cor.*, 10, *ML*, 17, 291 B, *Serm.* 226, *ML*, 39, 2162-2163.

En una tregua pasajera de la persecución de Decio, Orígenes añora el ambiente de sangre de los días de persecución, como un reconstituyente para las almas:

“Entonces había verdaderos fieles, cuando el martirio hacía víctimas desde el nacimiento, cuando de vuelta de los cementerios, terminadas las pompas fúnebres del martirio, nos reuníamos en las asambleas, cuando resistía inquebrantable la Iglesia entera, cuando se catequizaban los catecúmenos en medio de los mártires y de la muerte de los cristianos que confesaban la verdad hasta la muerte, y no vacilaban ni temblaban en su adhesión al Dios vivo. Entonces teníamos conciencia de ver prodigios extraños y admirables. Eran pocos los fieles, es verdad, pero lo eran de veras y que caminaban por la senda estrecha y áspera que lleva a la vida” (1).

El martirio era una prueba de la Iglesia entera: no un rayo subitáneo e imprevisto que hiere a unos pocos y aturde a los demás que no lo esperaban; era un ambiente de tempestad que duró tres siglos, cuyo soplo ozonizado se respiraba por todos, y cuyos relámpagos no hacían ya parpadear a las miradas de nadie...

Testimonio de amor a Jesucristo, que elevó la Iglesia, potente, clamoroso, costosísimo a veces, durante tres centurias. Una “nube envidiosa” se lo había arrebatado de su presencia terrestre en la cima del Olivete. Pero la figura del Esposo había quedado impresa en sus pupilas, y, siguiendo la estela de su vuelo, a diario dirigía sus miradas, y con sus miradas el corazón, hacia El.

JOSÉ MADOZ

---

(1) *Homil. in Ierem.*, Homil. 4, 3, ed. E. KLOSTERNANN, GChS, Orig., 3, p. 25-26.